
LA FE

EN LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

PRIMERA CONFERENCIA

**El Estado Actual de la Creencia en la Divinidad
de Jesucristo.**

EMINENCIA: (1)

SEÑORES:

Trataré en esta Cuaresma de la Divinidad de Jesucristo, ó por mejor decir, de la creencia en la Divinidad de Jesucristo.

Esta creencia, Señores, es uno de los hechos de más consideración, el fenómeno más prodigioso de la psicología y de la historia.

Es asimismo el centro del dogma cristiano y el alma de

(1) Su eminencia el cardenal Richard, arzobispo de París.

una multitud de creyentes, puesto que la profesan cuatrocientos millones de seres humanos en la superficie del globo. Es el principio de vida de la civilización moderna, la fortaleza inmóvil que guarda la moral y la cultura, la piedra angular de la gran pirámide levantada por Dios en medio de los tiempos y sobre las arenas movedizas de la humanidad, la Iglesia católica.

Ahora bien, Señores, ¿en qué estado está hoy esta creencia, esta fe divina? ¿De cuáles ataques es hoy el blanco? ¿En qué pruebas se apoya? ¿Cuáles son sus efectos en la conciencia íntima y en la vida pública de la humanidad? ¿Qué porvenir le está reservado y qué podemos esperar de ella? ¿Es fuerza abandonarla como se abandona un suelo conmovido, arruinado y que se hunde bajo nuestros pasos, ó aferrarnos á ella como á la roca inmóvil insubmersible que lo sostiene todo, y que es y será siempre el refugio supremo en las tempestades, en los cataclismos, en los temblores de tierra y en diluvio?

Estas cuestiones serán el objeto de nuestras conferencias Cuaresmales.

Como lo veis, Señores, permaneceremos en el dogma; en el gran dogma católico. Pero debo decirlo, aun encerrándose en el dogma más estricto ó en la moral más evangélica, aun confinándose en las regiones más etéreas de la fe me sería imposible no agitar vuestros espíritus.

¿Pues cómo tratar estos problemas como apóstol sin entrar en lo vivo de la cuestión religiosa? ¿Y cómo entrar en ella sin mover á las almas y sin despertar á las conciencias?

La cuestión religiosa se mezcla á nuestras luchas políticas y sociales, á nuestras divisiones intestinas; es como una flama á la que el más ligero soplo aviva y atiza, infaliblemente provoca entusiasmos ó repugnancias.

En otro tiempo, cuando yo era joven, y cuando sentía crecer mis garras, se me enseñaba á servirme de ellas para sacudir la indiferencia en la opinión; y ahora es preciso moderar el ardor de la opinión y sus susceptibilidades. Es un arte nuevo, un arte difícil, pues hay mayor peligro en circunscribir el fuego que en inflamarlo.

Los que han practicado la antigua táctica saben por demás que el seguimiento del bien exige el empleo de la nueva. Pero ningún obstáculo, ninguna labor debe detener al apóstol. Sabe unir la sencillez de la paloma á la prudencia de la serpiente. Y si el Maestro le envía, como cordero, entre los lobos, no debe de espantarse: tarde ó temprano la mansedumbre de Dios hace justicia de la violencia de los hombres. No son ya los lobos los que triunfan de los corderos; son los corderos los que transforman á los lobos. El mundo está al revés.

Por esto es, Señores, que armado por aquél que nos da su fuerza para romper los obstáculos, su mansedumbre para transformarlos en punto de apoyo,—lo cual es mejor y mucho más hermoso,—ensayaremos cumplir nuestra tarea, cualquiera que ella sea, con una completa abnegación, seguros de vencer, con tal de que permanezcamos fieles.

EMINENCIA:

Gran gozo nos cabe con que os hayais dignado asistir hoy á la Iglesia de la Magdalena, honrando á esta bella asamblea y al predicador escogido por vos, trayéndonos el beneficio de vuestra presencia. Nos obligais con ello—y es un grato deber—á un reconocimiento sin límites y que os expreso sin intentar medirlo. Bendecidme, Eminencia; cubrid con vuestra santa púrpura la insuficiencia de mi palabra; sostenido por el representante del Maestro invisible, que vive por su espíritu en el corazón de todos los

apóstoles, tendré mayor vitalidad, más ánimo, y seguridad más grande para litigar por la causa de Dios.

SEÑORES:

¿La creencia en la divinidad de Jesucristo está viva ó está muerta? ¿Está en declinación ó está en progreso? ¿Ha terminado ya la fase de su evolución, ó describe una trayectoria cuyo término está en el infinito?

La cuestión es de tanto mayor interés cuanto que vivimos en una época en la que, entre aquellos que son considerados como la flor y nata de la literatura, de la filosofía y de la alta ciencia, ha sido y aún es moda afirmar que los dogmas se van, que la fe está herida de muerte, que ha entrado en agonía, que su desaparición es asunto de años, tal vez de siglos, pero en todo caso sólo es cuestión de tiempo, y que la razón emancipada y la ciencia positiva se encargarán de sus funerales.

¿Qué debemos pensar, Señores, de esos profetas de desdicha y de sus lúgubres, desdeñosos é insolentes oráculos? Lo pregunto á todos los creyentes, sobre todo á vosotros que no teneis la fe ingénua y sentimental de los niños y de las mujeres, sino la fe viril y reflexiva, á vosotros, cristianos inteligentes, iniciados en la ciencia, en la filosofía, en la literatura contemporánea, á vosotros cristianos militantes que luchais y sufris por la defensa y el triunfo de la fe.

Yo creo, Señores, mi convicción profunda es que hoy, en el mundo civilizado, en Europa, notablemente en Francia, la creencia en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, está, en despecho de todos los ataques, dotada de una vitalidad incoercible. Nosotros somos los vivos; los progresistas somos nosotros que creemos en Jesucristo, y los moribundos, los decadentes son aquellos que profetizan nuestra ruina.

Quisiera dar la prueba de mi dicho, sobre todo á los incrédulos que hoy me escuchan. Si me honran presentándose aquí, no es por cierto la curiosidad sola la que los trae, sino el deseo de oír una palabra superior á la palabra del hombre, una palabra de Dios. Pues cualquiera que sea el hombre, Señores, creedme, nunca intentaría de propósitos remover la conciencia humana si una fuerza superior, un impulso, una vocación divina no lo obligase á ello y si el espíritu de Dios no le pusiese su palabra en los labios. Desearía desalentar y desarmar á la incredulidad agresiva mostrándole la inutilidad de sus ataques contra una fe que, lejos de humillarse, se endereza, á cada golpe, más fuerte y más activa.

En cuanto á los creyentes ¿no me será permitido desarrollar en ellos la convicción reflexiva de la vitalidad indomable de su creencia? Duplicaré su ánimo; y ciertamente, tienen necesidad de bravura más que ningún otro, pues nadie es combatido, en esta edad de incredulidad y escepticismo, con mayor encarnizamiento que Dios, Jesucristo y la Iglesia; ahora bien, que lo sepan, nadie tampoco es más capaz de provocar el ataque y desafiar los golpes que el batallón sagrado que forma cortejo á Dios, á Jesucristo y á su Iglesia.

Ved, en dos palabras, mi respuesta á la cuestión: una creencia ó una fe atestigua su vitalidad por dos señales: por la potencia de duración y por la fuerza de expansión y de resistencia.

Siempre que veais á un sér vivo presentar garantías de duración, podeis decir de él: Es resistente y vivaz.

Siempre que veais á un sér vivo manifestar en su medio, su potencia expansiva ó defensiva, decid atrevidamente: Este sér tiene el alma muy bien puesta en su cuerpo.

Ahora bien, Señores, la creencia en Jesucristo está do-

tada de la más alta potencia de duración y de la más alta potencia de expansión y de resistencia; desde luego y cuando haya demostrado estas dos proposiciones, me será permitido deducir que la fe cristiana está viva verdaderamente y que si los creyentes pueden regocijarse, los agresores deben de renunciar á la esperanza de destruirla.

La energía de duración de una creencia se reconoce en un fenómeno cierto: su correlación armónica con los principios esenciales de la naturaleza humana; pues la naturaleza humana—como por lo demás toda naturaleza—siendo inmutable en su esencia, es evidente que, si una creencia correspondé á sus elementos esenciales, á sus aspiraciones indestructibles, participará de la inmutabilidad de esta naturaleza.

Y bien, Señores, ¿qué cosa es la naturaleza humana? ¿Cuáles son los elementos esenciales y las fuerzas vivas que la constituyen y la caracterizan?

La naturaleza humana tiene aspiraciones irreductibles que ponen en movimiento sus energías. El peso de nuestro cuerpo nos inclina hácia la tierra y nos ata á ella por relaciones estrechas, por una indestructible afinidad. La doctrina espiritualista más estricta no llegará nunca á suprimir ni estas relaciones ni esta afinidad, pues constituyen la esencia misma de nuestra naturaleza terrestre. La tierra es algo de nosotros: es la parte inferior de nuestro sér. Nos pertenece más aún de lo que nosotros pertenecemos á ella; y sin embargo estamos condenados á buscar en ella lo que fortifica nuestro cuerpo y á mendigarle lo que necesitamos para vivir.

La atracción que nos impulsa hácia nuestros semejantes es igualmente indestructible.

Cualesquiera que sean nuestras tendencias espiritualistas, cualesquiera que sea el atractivo de las contemplacio-

nes para el recogimiento y la soledad, jamás el hombre cesará de obedecer al instinto de sociabilidad, á la necesidad de agrupar á sus semejantes en derredor de sí, de fundar familias, civilizaciones, pueblos y razas.

Una aparición más grande que las otras dos y no menos esencial nos conduce arriba de nosotros mismos.

El hombre es un sér inteligente y por este título aspira necesariamente á conocer la causa de los fenómenos, á penetrar la esencia y la razón de las cosas. Va de fenómeno en fenómeno, de causa en causa, subiendo siempre más arriba, solicitado hacia la verdad suprema por curiosidad insaciable que testifica, á la vez que una inteligencia, una potencia infinitas y que se saciaría únicamente en aquél que los grandes filósofos de la Grecia llamaban sucesivamente el Sér, el Acto puro, la Causa de las causas.

Hoy se dice: el Más allá, el Ideal, la Lógica, el Número, la Ley—palabras anémicas é indicios ciertos de un pensamiento deficiente y enlanguidecido.

¡Qué! ¡un número, una lógica, una lógica transcendente, como decían los Alemanes de hace cincuenta años, una ley soberana! ¿Qué es una ley sin ser legiferante? ¡Un ideal! ¿Qué cosa es un ideal sin realidad? Un nombre, una idea de nuestro cerebro. Pero entonces ¿cómo la inteligencia puede ser puesta en movimiento por lo que no tiene realidad?

No, el hombre es impulsado hacia la verdad primera, la verdad substancial, idéntica al Sér. Digamos la palabra: el hombre es impulsado hacia Dios.

Y del mismo modo que, por la inteligencia, aspira á la verdad, por su voluntad, reclama el bien. Para ser más comprensible para el pueblo mismo, digamos que el hombre quiere la dicha, es decir, el bien que satisface, que beatifica y lo busca con una especie de frenesí.

Una de las grandes palancas de la civilización moderna es esta fuerza. Nunca, tal vez, la fortuna confundida con el bienestar había levantado ni hambreado tan enérgicamente al alma humana.

Mirad la ciencia: ¿no es el hambre y la sed del bienestar y de la fortuna quienes la agitan, cuando por sus investigaciones y su genio atrevido, ensaya hacer fluir sobre vosotros un rayo mejor de luz, cuando, armada de su mágico cetro sueña con el embellecimiento de nuestra tierra para darle una eterna primavera y para hacernos encontrar en ella el paraíso perdido? Pero, hasta en este furor del bienestar, es á Dios á quien la ciencia busca, es á Dios á quien reclama el hombre.

Ahora bien, sabio, podrás muy bien dorar mi estancia, ensayar transformar la tierra en paraíso, pero este paraíso nunca será formado sino de tus creaciones, es decir de cosas finitas, No podría bastarnos; la sed de dicha que nos consume es una sed que no mitiga nada, sino es Dios, el Sér absolutamente perfecto, eterno, inmutable, infinito. Y á medida que más se ensanchen nuestros horizontes á la claridad de tus descubrimientos, esta sed nos consumirá mucho más.

Los salvajes se contentan con nada: un poco de vino de palmera y algunos frutos maduros por su ardiente sol. Pero nosotros, los civilizados, somos más exigentes. Aun embellecida y transfigurada, la tierra nunca deja de ser para nosotros una prisión de la que tenemos necesidad de salir. El hombre se inquieta por la dicha; la reclama y la quiere sin medida, pero es una dicha infinita la que busca siempre.

Otra aspiración va á revelarnos á nosotros mismos.

El hombre está oprimido por el mal, digamos por la injusticia, pues el mal—tomo en este caso no la definición

metafísica sino la popular que es accesible para el último de los niños—el mal es la injusticia. ¡Y bien! somos conducidos no sólo por nuestra inteligencia á la verdad primera, no sólo por nuestra voluntad y por nuestra sensibilidad hacia la dicha, hacia la fortuna, sino que, por nuestra calidad de seres libres y oprimidos por el mal, tenemos sed de libertad y estamos hambrientos de justicia. Y bajo este punto de vista, doy la gloria al siglo actual que, más que ninguno otro, es presa de esta hambre y de esta sed devoradora.

Por esto es por lo que en este auditorio tenderé la mano á más de un incrédulo y aún á los socialistas, para decirles: Así como la ciencia es arrastrada por los sentimientos del bien, de la dicha y la fortuna, siempre más grandes que aquellos que se les piden que produzcan, así la humanidad que sufre y que está oprimida por el mal se subleva por la injusticia y grita con acento penetrante: ¿Quién es aquél que me dará justicia?

Pero, Señores, del mismo modo que hay una falsificación de la verdadera dicha en la dicha material, existe una falsificación de la justicia en la igualdad brutal.

Nuestro país es hoy víctima de esta grosera confusión; quiere, á cualquier precio y aunque sea por fuerza, la justicia y á la vez está devorado por la pasión de la igualdad. Y ciertamente por ello se le imputa un crimen. Francéses, exclaman, jamás sois circunspectos, teneis el furor de la igualdad!—Es cierto. Es preciso reconocerlo y el que se inscribiese en la contraria mentiría. Somos de raza *igualitaria*. La pasión de la igualdad está en nuestra sangre como un fuego que la quema. No moderamos la vehemencia y los arrebatos de esta pasión por la fuerza serena y por la santidad de la justicia.

Ahora bien, Señores, la esencia de la justicia no con-

siste en dar á cada uno una parte matemáticamente igual; la justicia debe dar á cada quien una porción proporcional.

Existe una jerarquía en los derechos como hay una jerarquía en los seres. Es fuerza respetarla. El derecho del hombre y el de la mujer se equilibran, pero los derechos del padre y de los hijos ciertamente no pueden ser iguales. El derecho del sacerdote, el del magistrado, el del jefe no es tampoco el mismo que el derecho de sus subordinados. Si poseyéremos el sentido religioso y moral de la justicia, no seríamos más el juguete de pasiones capaces de encender volcanes, estaríamos asistidos por su virtud. La justicia puede desazonar, intimidar á los malvados y provocar su rebelión, pero es siempre benéfica á aquellos que la sirven. Es la sal de las sociedades humanas, la sal que las preserva de la corrupción.

¡Pues bien! Franceses; temperad vuestra pasión de igualdad por la pasión de la justicia y vereis cuántas dificultades quedan allanadas, cuántas cuestiones resueltas ó suprimidas en este mundo en el que el furor de la igualdad multiplica los conflictos y enciende las revoluciones, en tanto que el culto de la justicia inspira sabias leyes y pone todas las fuerzas en perfecta armonía.

Si queda establecido que el hombre quiere la verdad absoluta, el bien sin limitación y la justicia, la justicia imparcial, la justicia incorruptible, puedo deducir que el hombre es conducido hacia Dios por el peso mismo de su alta é inmortal naturaleza; puesto que el primer nombre de Dios es el de Verdad subsistente, esencial, y suprema; su mejor nombre el de Soberano Bien, de perfección absoluta; y su nombre, el más sagrado, el de Justicia, justicia perfecta, subsistente y no sólo inmanente sino trascendente.

A tales aspiraciones que ennoblecen, que dominan nuestra mísera y mudable vida y que hacen del hombre un ciudadano de la eternidad, es fuerza responder; y sólo Jesús, Señores, ha respondido á ellas; para probároslo os daré desde luego una noción de la creencia en su divinidad en la cual tal vez no hayais pensado, no sólo vosotros los creyentes, sino tampoco vosotros los incrédulos.

¿Qué es Jesucristo según la fe cristiana y católica? Jesucristo es Dios mismo interviniendo en la humanidad bajo la modalidad de la Encarnación del Verbo de Dios en una naturaleza humana. De manera que, nosotros que creemos en Dios hecho hombre, creemos por esto mismo que la verdad infinita se ha puesto en relación con nosotros de modo que pudiera responder plenamente á nuestra aspiración hacia la verdad suprema. Y aún más, poniéndose en relación con nosotros por medio de la humanidad á la que Él se unió substancialmente, el Verbo de Dios nos ha traído al mismo tiempo la perfección absoluta bajo una forma que nos es apropiada, y con la perfección absoluta la fuerza de la justicia. Pues si Dios se ha encarnado ha sido con el único objeto de dar al hombre la verdad que éste busca en vano por sus solas facultades; la verdad á la cual su espíritu entregado á sí solo, no puede alcanzar de un modo completo; es con el fin de hacer reinar en este mundo, donde imperan todas las corrupciones y todas las servidumbres, la santa, la inenarrable, la victoriosa justicia; es con el objeto de manifestar en una realidad humana, de carne y hueso, en una realidad viva, palpable y sensible, el eterno amor y la eterna perfección, revelándonos así al hombre ideal, como le denominan voluntariamente todos los que han estudiado á Jesucristo, á este sér único sobre cuya frente la historia ha colocado una aureola y al que no puede contemplar sino es arrodillado.

Mirad la Encarnación: misterio de verdad, de perfección moral, de amor y de justicia, al que desdeñan hoy los Institutos como si su reinado hubiese terminado; misterio inefable y conmovedor, del que sonríe la literatura escéptica y crítica cuando oye decir que el Sér divino, en el cual se ha cumplido este misterio, salió de las entrañas de una Virgen.

¡Sí, ciertamente de una Virgen! Pues si Dios ha bajado á esta tierra, á esta humanidad, no creais,—por usar de una palabra que desearía fuese menos trivial, pero que sin embargo traduce muy bien mi pensamiento,—no creais que por esto Dios se haya envilecido.

Dios escogió el sér puro, el sér santo, el sér sin mancha —la Virgen—y El se apareció al pueblo; á vosotras, mujeres, á vosotros, niños, á vosotros, los desdeñados, los humildes de este mundo; se apareció á todos. Pero se ha ocultado á vosotros, espíritus escépticos, soberbios y sin respeto; á vosotros, los que no sabeis inclinarnos ante lo que es santo, ante lo que es puro, y á vosotros, aquellos cuya razón está siempre dispuesta á despavorirse y obstinarse ante los designios de Dios.

Y si por su misericordia infinita El se ha aparecido aún á vosotros, no lo habeis querido; lo habeis desconocido é insultado. Mas en despecho de las resistencias, de las tenacidades y de la ceguedad del hombre, el plan de Dios se ejecuta; y á todos aquellos que reciben al Cristo con la fe de una conciencia docil, Jesus se les manifiesta y les embriaga con esperanzas que apaciguan sus aspiraciones infinitas.

Y, no designo aquí, cuando hablo del hombre, sólo al hombre moderno, como se usa llamarle con afectación, ni al hombre antiguo; designo al hombre de todos los tiempos, de todos los países, de todas las razas, al hombre per-

pétuo, al hombre que está en vosotros, que está en mí, que está en todos.

El hombre moderno es aquel que arrastra consigo la movilidad de las cosas de este mundo inconstante y su incurable vanidad; el literato decadente, refinado, que cree en la frase y olvida la idea; que busca la armonía, y la resonancia en las palabras en vez de la armonía de los pensamientos; el sabio vulgar que se deja embriagar por la vana ciencia y por la ilusión de un progreso indefinido; el crítico que pretende medir toda realidad con la ana de su corta razón en lugar de elevar su razón á la medida de las cosas y á la altura de Dios. El hombre moderno es aquel que se deja aturdir y absorber por esta vida material, cuyo torbellino impetuoso sofoca y paraliza nuestras aspiraciones divinas.

El hombre perpétuo, al contrario, es el que se conserva invariable bajo la figura movediza é inquieta de este mundo; que quiere la verdad y que está hambriento de perfección; que reclama la justicia y que la busca hasta con peligro de su vida, el que daría su misma sangre por obtenerla.

¡El hombre perpétuo! Jesucristo encarnó con el fin de colmar sus aspiraciones, y es él quien, en la tranquilidad de sus aspiraciones saciadas, testifica la perpetuidad de esta fe, contra la cual ninguna modernidad prevalecerá, ni la modernidad del Renacimiento, ni la de la Revolución francesa; ni la modernidad del fin del siglo diez y nueve.

La segunda señal por la cual se revela la vitalidad de una creencia es su potencia de expansión ó de resistencia. Retened estas dos palabras pues aunque contrarias son inseparables.

La ley que rige á todo sér vivo y por consiguiente á toda creencia, puesto que toda creencia puede ser asimilada á un germen, es ésta: un sér dotado de vitalidad se